



Fernando Alamo. *Untitled*. 1992. 120×160 cms. Mixt. Tec. Courtesy: Socaem. Photo: Alejandro Delgado.

Fernando Alamo

CARLOS DIAZ-BERTRANA

El tema de la Naturaleza Muerta no es infrecuente en la Historia del Arte. Es raro encontrar a un pintor que haya eludido su fascinación. Fernando Alamo, en sus últimas exposiciones de La Regenta (Gran Canaria) y Casa de Cultura (Tenerife), les dedica una atención exclusiva. El título de ambas exposiciones es *Natura Morte*.

Es conocido que los artistas ofician la arbitrariedad y que los pintores son imprecisos en el uso de las palabras. El concepto de Naturaleza Muerta es desarrollado hábilmente por Alamo. Los animales no marinos que transitan sus cuadros, por lo general, gallos o conejos, se esconden bajo consolas, suben a las mesas o juegan con sandías. Aún no han sido convocados por la muerte.



*materializa muestra con sus galla debajo de una mesa en el estudio de jenuero
Alamo en 1992*

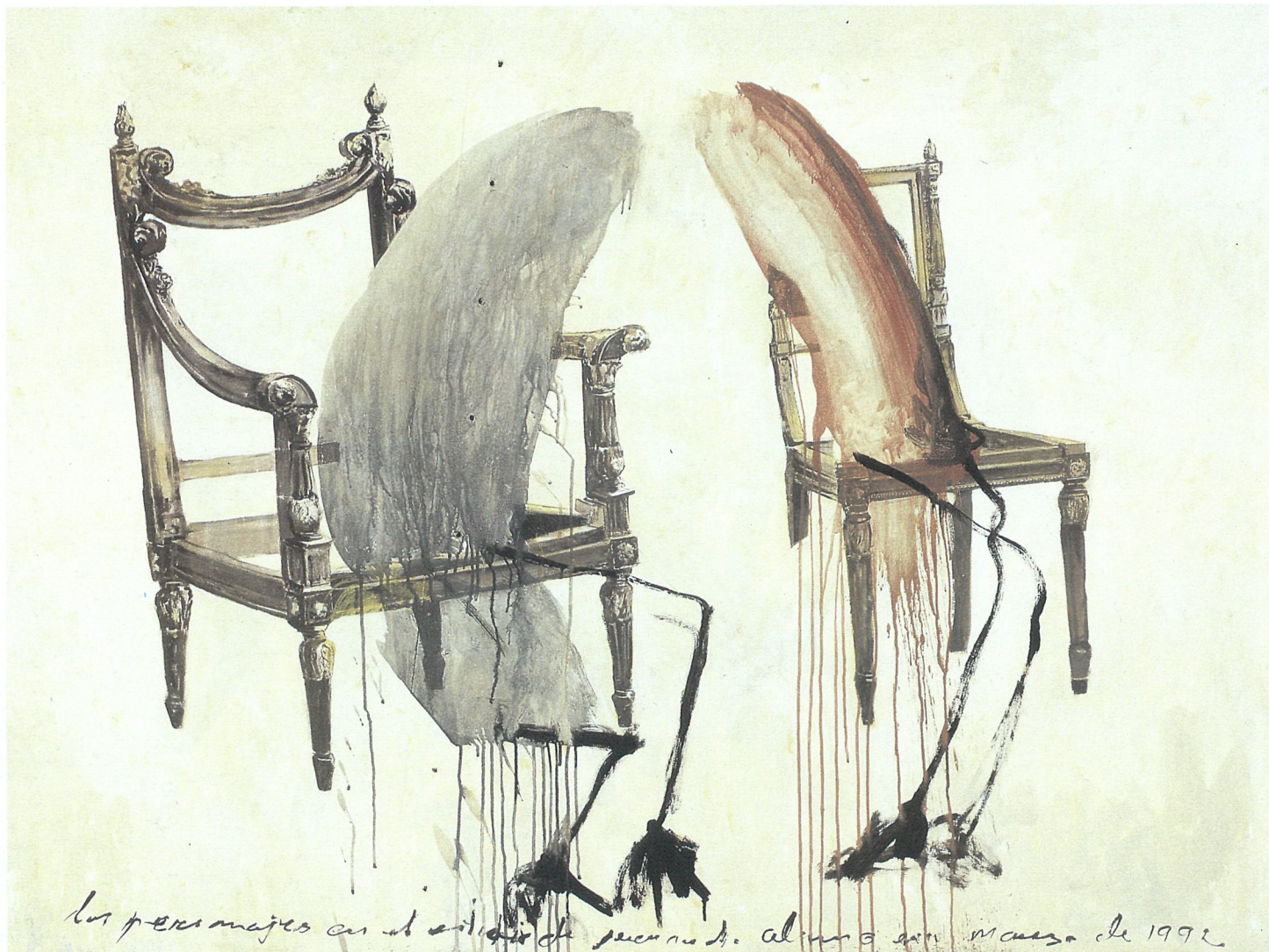
Fernando Alamo. Sin título. Tec. Mixt. 100×130 cms. Cortesía: Socaem. Foto: Alejandro Delgado.

Leopardi identificaba la nostalgia con la repetición de imágenes antiguas. En su remota “serie de la espuma”, Fernando Alamo empezó a indagar las posibilidades plásticas de este sentimiento, que etimológicamente señala la confluencia del regreso (nóstos) y del dolor (álgos). Ahora sus composiciones están estructuradas con muebles de época que se reiteran y son ocupados por “personajes”. A su alrededor, un vacío incierto destaca la atemporalidad de la escena y la inscribe en el silencio.

Muchos artistas apuestan por una pintura que es literalmente no contemplable, como ha señalado Baudrillard. No es el caso de Fernando Alamo que intenta seducir la mirada, atraer al espectador mediante la persuasión de la belleza y la claridad conceptual. Es una pintura deseable y fácil de ver que nos introduce en un mundo de gran complejidad, abierto a una lectura plural. Bajo la aparente sencillez de la imagen, anidan algunas perturbaciones e inquietudes que han acompañado

al artista durante su travesía por el lenguaje pictórico. No es difícil descubrir los temas sobre los que nos invita a reflexionar. El más obvio es el de la repetición y diferencia, ilustrado con el uso de los mismos muebles pintados de una forma u otra. También es reconocible la alternancia de vacíos y tensiones que negocian la existencia de los hombres, evocada en la desolación del fondo pictórico y la intensidad del motivo. O las alusiones al mundo onírico a que nos remite la presentación de encuentros insólitos, como una rodaja de salmón sobre una cómoda, o la coincidencia de una gallina y un anturio sobre una mesa.

La extrañeza suele emplearse en el ámbito de la creación artística por su natural incitante. Alamo conoce el poder transgresor de la anomalía y de su mayor efectividad en tanto sea más plausible. Discretamente la ingresa en sus pinturas mediante la desproporción: la raja de sandía es de un tamaño similar a la consola sobre la que descansa, el gallo que se sube a la silla es



Fernando Alamo. Sin título. 1992. 120×150 cms. Tec. Mixt. Cortesía: Socaem. Foto: Alejandro Delgado.

enorme... Lo que en la pintura anterior era una actitud de desmesura y despilfarro ante el hecho pictórico, es ahora estrategia plástica, una forma de organizar el espacio. El artista concilia la libertad con el pensamiento, la pasión con la inteligencia.

Juan-Manuel García Ramos, autor de una monografía sobre Fernando Alamo, ya detectaba cómo los encuentros más fortuitos se pliegan al proceder demiúrgico, al perder la frescura y la inocencia. El esfuerzo por aclarar el lenguaje lo ha llevado a reducir su código expresivo pero no a renunciar al poder de la espontaneidad, y al gesto transgresor que altera la placidez de la imagen. La pintura chorrea y desestabiliza la geometría del dibujo, unimisma al “personaje” y a la “naturaleza muerta”.

Amante de la vida, imprime la imagen en la muerte, en la nada que rodea sus objetos. Una liebre corre con un tulipán en la boca por un espacio vacío donde nada acontece, un pepino antropomorfo descansa en una silla inmerso en lo vacío. En torno a la existencia, representada por los personajes y los objetos, la presencia huera de la nada. El artista trata de mostrar lo inefable, de alcanzar la belleza donde la palabra calla.

En otros cuadros, las letras de la palabra “Natura Morte” son el motivo. Construidas con flores o frutas, ocupan toda la composición que deviene festín de colores y danza rítmica. El cuadro es, en estas obras, reducto voluptuoso, espacio para el gozo de los sentidos. Palabras olvidando su significado en el vértigo de la sensualidad, en el ámbito de lo epicúreo. La pintura

deja de ser recreación de escenas o anécdotas, y se convierte en una realidad exclusivamente pictórica.

La exposición se completa con una serie de fotogramados sobre los que el artista interviene. En unos impone su sentido lúdico, en otros la pasión, la incontinencia del gesto hermenéutico. La técnica operativa que predomina es la repetición. Los conceptos de que

se vale son la apropiación y la manipulación. El artista produce objetos del pasado y muebles antiguos que hablan de un tiempo en el que las cosas sucedían según normas inmutables, e incorpora elementos que distorsionan la estabilidad de las reproducciones. La visita al tiempo pasado concluye en saqueo y la nostalgia sufre la embestida de la ironía.

Fernando Alamo. Sin título. 1992. 165x200 cms. Tec. Mixt. Cortesía: Socaem. Foto: Alejandro Delgado.



un conejo de Alberto Durero saltando entre diez sandías en el estudio de Fernando Alamo en 1992.